

“Capítulo primero: él amaba Nueva York.”

Manhattan (Woody Allen, 1979)

“Debiste haber matado antes a ese individuo;
ahora es demasiado rico.”

Gigante (George Stevens, 1956)

“Me acogieron, me refugiaron, me mantuvieron cuerdo.
Calor y amistad, y corte de mangas a los demonios
que acechaban en la puerta.”

John Constantine, *Hellblazer* núm. 21 (junio 1991)

TIEMPO

El tiempo pasa.

Es inevitable.

Un día de estos despertarás por la mañana y Madonna habrá cumplido cincuenta años. Cuando menos te los esperes, Jennifer Connelly aceptará un papel de madre de familia en algún telefilme de domingo por la tarde, dramático y lacrimógeno.

En cualquier momento, Quentin Tarantino puede decidir que ya es hora de relanzar la carrera de Michael Paré y Steve Guttenberg, y te pondrás a contar los años que hace que se estrenaron *Calles de fuego* o *Loca academia de policía*...

¿Y has pensado en lo poco que falta para que no quede nadie del reparto original de *Urgencias*? ¿Es posible encontrar a alguien que te tararee la sintonía de *Magnum* o *Canción triste de Hill Street*?

El tiempo corre.

A veces a nuestro favor.

A veces en contra.

INTRO I

“El hogar está donde está el corazón.”

Cosas pendientes: Dos capítulos de la primera temporada de *Héroes*, uno de la segunda de *Perdidos*; un Divx de *Amazonas en la luna* y treinta páginas del libro *Jazz Blanco* de James Ellroy.

Carl Sagan, Zefram Cochrane, Stephen Hawkins y Hari Seldon seguramente coincidirían en el enunciado de una constante del espacio-tiempo, una aseveración científica que pesa sobre la historia de la humanidad desde tiempos inmemoriales, un hecho que rige el equilibrio de este universo: “el papel ocupa lugar”.

En una operación de logística sin precedentes, durante tres fines de semana infernales, sin descanso, conseguí recolocar 1.500 cómics y libros traídos de tres casas diferentes y depositarlos de forma ordenada en una habitación que había sido habilitada para la ocasión con armarios, estanterías, baúles, cajas, separadores, paredes aislantes y controladores de temperatura y humedad.

Veintisiete años de coleccionismo me habían obligado a “ocupar territorios” en casa de mi madre y en los pisos de mis dos abuelas, materna y paterna. Tebeos, libros, revistas, catálogos, programas de conciertos, vinilos, CDs, muñecos, maquetas y dioramas; mi tesoro por fin reunido bajo el mismo techo, cercano, dispuesto a ser contemplado, consultado o mostrado a las visitas.

Bueno, degustado por un *selecto y reducido número de visitas*, un tipo de gente que supiera apreciar lo que allí se guardaba para la posteridad. Ahí fuera quedan otros como yo, sectarios de la celulosa, conservadores del patrimonio subcultural, exploradores de lo desconocido.

Gloria y yo habíamos conseguido un bonito piso de tamaño considerable a buen precio en el barrio de Les Corts, en Barcelona, muy cerca de la casa de mis padres. Su propietario, un joyero de dudosa reputación, tuvo que vender la casa a toda prisa para escapar del acoso de los abogados de su ex mujer y poder así tomar el primer vuelo hacia Letonia, donde había conocido, a través del MSN, a su actual compañera, una antigua espía del KGB coleccionista de aviones rusos de la Guerra Fría en miniatura fabricados con cristales Swarovsky.

Las obras y los trabajos de carpintería se acabaron en tiempo récord y sin grandes incidentes, porque Gloria se ocupó de organizar al equipo de paletas armenios como si aquello fuera *Los doce del patíbulo*. Una hipoteca puente superada y varios días de intensas mudanzas después, nos instalamos en el piso y poco después le gané a Gloria la posesión de la *Cripta* jugando al *Buzz!!* en la PS2.

Me explico.

Distribución de la casa: comedor, dos baños, cocina, galería, terraza, cuatro habitaciones, tropecientos metros

cuadrados, espacio de sobras para construir un Scalextric a escala del circuito de Silverstone sin sacrificar ni una *chicane*. Habitaciones: la de matrimonio con altillo; un ropero transportado pieza a pieza desde las páginas de la revista *Arquitectura y Diseño*; un despacho amplio con una mesa de dibujo y otra para el ordenador... y la habitación comodín, el motivo de la discordia.

Gloria defendía que esa cuarta habitación debía ser para los dos, de uso común, una especie de zona neutral, como el despacho. Yo alegué que, por motivos de trabajo, necesitaba tener cerca mi colección de libros, cómics y demás parafernalia. La ósmosis que se creaba con todo aquello desprendiendo moléculas de celulosa a mi alrededor... me inspiraba. Era el momento perfecto para una reagrupación familiar, para guardar en un mismo sitio el botín de toda una vida.

Ella propuso una docena de usos que le parecían más lógicos. No hubo acuerdo. Así que apostamos el uso y disfrute de esa habitación por un periodo de cinco años. Y gané.

Un porcentaje digno de espacio se dedicaría a guardar enseres de Gloria, pero no debía alterarse el equilibrio del conjunto.

Tuve que ceder, a cambio, una razonable cantidad de espacio en el ropero, pero lo compensé entregando a beneficencia un montón de ropa que no usaba y toda una colección de camisetas estampadas (Peter Gabriel, *Cazafantasmas*, *Tortugas Ninja*, Iron Maiden, AC/DC, *Perdidos*) que quedaron relegadas a bolsas de almacenaje IKEA cuando Gloria sugirió “ya es hora de que empieces a vestir como una persona de treinta años”.

Le puse el nombre de *Cripta* a la habitación (como en la novela de Neal Stephenson) y diseñé concienzudamente la disposición de todo el material: colocación por tamaños, distribución por formatos, ordenación por títulos, autores o editoriales, respeto del orden cronológico, separación entre

formatos de lujo y ediciones de bolsillo; paneles reservados para Poe, Lovecraft, Ellroy y Rankin; zona VIP para Byrne, Simonson, Miller, Wrightson y Carlos Giménez; armario con vitrina para las cosas heredadas y piezas insustituibles: *Hazañas Bélicas*, *Tintín*, *Calvin y Hobbes*, *Astérix*, *Los Micronautas*; fácil acceso en orden ascendente para Russ Meyer, la saga de *Alien*, Tarantino, Truffaut; separación entre ediciones limitadas, DVDs comprados y recopilaciones descargadas; series de televisión distribuidas por títulos y temporadas, en orden alfabético; juguetes con sus blisters originales superpuestos según dimensiones y pesos; cajón extraíble hecho a medida para páginas originales; sillón, lámpara, reposapiés, iPod, Hi-Fi...

El primer día que la señora de la limpieza, Nubia, recomendada por mi madre, vino a casa y le enseñé la *Cripta*, me dijo:

—No me habían dicho que tenían ustedes un niño.

—No, no tenemos hijos. De hecho, todavía no entran en nuestros planes. Todavía somos jóvenes, los dos tenemos mucho trabajo, queremos viajar, hacer mil cosas... Lo de los niños, ni siquiera nos lo planteamos.

—Entonces, ¿todo esto de quién es?

—¿De quién va a ser? ¡Mío!

—¿Usted juega con estas cosas... solo?

—No son juguetes. Son piezas de coleccionista.

Me miró sorprendida, quizá asustada, sin entender, supongo, por qué un adulto que había superado la treintena atesoraba toda esa cantidad de... *de cosas de niños*. Y todavía le incomodó más saber que no debía entrar en la *Cripta*, que yo me encargaría personalmente de limpiarla; que NUNCA, bajo ningún concepto, debía desplazar, cambiar de sitio, retirar o depositar a nivel de suelo NADA que se guardara en la habitación.

Ocho meses y veintidós días después, lo que duró el con-

tenido de la *Cripta* en casa antes de volver a los “territorios ocupados”, un día después de haber firmado un *super contrato* que me aseguraba la publicación de mi primera novela con unas condiciones económicas que solo había visto en películas... nació mi hija Natalia.

Y todo cambió.

Si nosotros éramos Tokio, ella era Godzilla. (La frase no es mía).